

Jorge Cuesta: persona real y persona figurada.
Algunas consideraciones biográficas

ISRAEL RAMÍREZ
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Y la locura me ha venido de que no sólo nadie me quiso prestar atención, sino de que casi todo el mundo sin tener conciencia de ello o teniéndola, me estuvo entregando a cada momento. Pero en fin de cuentas yo mismo era quien se entregaba.

JORGE CUESTA

Les daré también una vaga sospecha de mi existencia de tal manera que sean llevados a negármela por medio de esta razón que les he conferido; sus ojos estarán hechos de tal forma que puedan ver una infinidad de cosas pero no a mí.

PAUL VALÉRY

La memoria de las letras mexicanas puede verse resumida y analizada en las diversas obras, antologías e historias literarias con que contamos a la fecha; sean ellas abundantes, discretas, magistrales o polémicas. Sin embargo, el peso del escritor, entendido como sujeto de estudio biográfico, ha quedado bastante diluido en esa memoria literaria. Me explico a continuación.

En general, las historias literarias se encargan de ofrecer una visión panorámica de los autores y las diversas expresiones escritas que existieron en determinado periodo, corriente o grupo literario. Si por un lado, a partir de ellas es fácil la reconstrucción de la historia de aquellas obras, por el otro, la que se refiere a los datos

biográficos de cada uno de los escritores no lo es tanto, debido principalmente a la falta de publicaciones dedicadas exclusivamente a difundir hechos biográficos. Lo que se quiere subrayar aquí es que tanto los aciertos de las historias literarias como los de las biografías enriquecerán el discurso crítico general en torno a las letras mexicanas; además, en beneficio mayor, ambas son fruto de la conjunción de *investigación y escritura* por parte de los críticos y estudiosos de la literatura que las animan.

Por una circunstancia extrañamente recurrente, en México se ha optado, la mayoría de las veces, por hacer a un lado el seguimiento sistemático y preciso de los sucesos biográficos de algunos escritores mexicanos, sin por ello redoblar los esfuerzos en la atención a sus obras. El trabajo y dedicación que supone la factura de una biografía reúne, como apuntamos, las dotes de *investigador* pero también las de *historiador y narrador*. Reflexiono por ejemplo sobre las obras que nos legaron Dante y Homero y me pregunto si son sólo *historias ficticiales* o, acaso, no se habrán convertido para muchos, con el correr de los años, por el peso y familiaridad de nombres como Ulises o Beatrice, en una suerte de narraciones personales (*biografías*) a las que se interpreta literaria, histórica o alegóricamente. Y, de manera inversa, ¿no es cierto también que una biografía donde se atienda únicamente a los hechos históricos podrá ser considerada, por ser obra subjetiva, la concreción de una mirada y una manera de *contar* los acontecimientos, es decir: *literatura*?

Difíciles respuestas las que se vislumbran para estas cuestiones, pues contraponen por un lado el carácter histórico real que se observa ahora de ciertas obras narrativas —pero que en su contexto no pretendían ser históricas— y, por el otro, el tono literario con que pueden ser abordados los datos históricos según el modo en que se cuentan. En el entendido de esta paradoja, la vida de Jorge Cuesta ha sido tan histórica como literaria; los primeros que hablaron de él lo hicieron casi siempre de manera fabulada o dramatizada y, a su vez, los pocos testimonios directos sobre su vida que se pueden encontrar están permeados por la *leyenda* y la *historia*.

Es de subrayar que esta curiosa situación no se dio así a partir de su muerte; ya en vida Jorge Cuesta había padecido comentarios que aventuraban su inexistencia. Así, su historia se ha debatido por mucho tiempo entre lo real y lo ficticio. Lo grotesco y demo-

níaco han sido aunados con necedad a lo angelical e intelectual. Sin embargo, el comentario sobre su vida pocas veces rebasa el breve ensayo o el apunte aislado, del que pudiera germinar, tomar cuerpo y gestarse una biografía o, cuando menos, una relación parcial de hechos comprobados fehacientemente sobre el autor.

Historiografía y biografía están hermanadas desde la antigüedad. Sin embargo C. Camassa, en su “Biografía e storiografía” propone un esquema que bien podrá servirnos para el presente trabajo, pues deslinda las metas y diferencias entre ellas. Me centro a continuación en los rasgos característicos de la biografía, pues se hallan más cercanos a nuestro propósito, que si bien no es escribir una, se detiene (como señala el subtítulo del presente trabajo) sobre algunas consideraciones biográficas.

Camassa apunta que la biografía no aspira a criterios axiológicos, sino que vuelve su atención a los aspectos menudos, oscuros, poco conocidos de la realidad humana. No aspira a ser total; su narración se determina por la curiosidad. A diferencia de la historia, en la biografía puede desarticularse el orden cronológico de la narración para distinguir mejor un acontecimiento sobresaliente. Por último, la biografía se propone caracterizar al personaje, y puede valerse para ello de la alteración de los hechos reales.¹

Por lo aludido atrás, este artículo no puede —ni pretende— ser una biografía. Respeta los documentos históricos que se refieren a la vida de Cuesta, pero los juzga críticamente. El que pretenda hacer una biografía tendrá que seleccionar —como dice Marcel Schwob, en el prefacio de sus *Vidas imaginarias*— de todo el material conocido hasta el momento. Debe subrayarse que este texto *no ensaya una biografía*, se aboca principalmente a ofrecer nuevos datos sobre la vida, a visitar algunos ya conocidos y, a la par, de emitir una *interpretación de los elementos que pudieron haber propiciado* —o perpetuado— tan engorrosa tiniebla sobre Jorge Cuesta.

Si ya antes se habían adelantado sus contemporáneos a suponer que Jorge Mateo Cuesta Porte-Petit no existía o que, como José Emilio Pacheco lo escribió en 1965 en las páginas de la *Revista de*

¹ Véase: J. A. Sánchez Marín, J. Lens Tuero, Concepción López Rodríguez (eds.), *Historiografía y biografía*. Madrid: Clásicos, 1997.

cios, con el paso del tiempo, resultaron ser ilusorios. Ni en vida, como lo sugirió su revista *Examen*, Jorge Cuesta habría de ver sus poemas publicados en un solo volumen ni, tampoco, su amigo Xavier Villaurrutia cumpliría la promesa de recopilar y seleccionar sus ensayos a raíz de su muerte, en 1942. Se perdió la oportunidad de saber cuáles serían esos *sonetos morales* que Cuesta pensaba editar y, también, fracasó la posibilidad de conocer el testimonio, quizá más directo, que pudo transmitirnos un escritor que lo frecuentó estrechamente y cuyo prólogo acaso nos podría haber revelado datos, anécdotas y comentarios precisos sobre uno o todos los poemas, sobre las percepciones contemporáneas que privaban respecto a su poesía y, principalmente, anotaciones de primera fuente, invaluable ahora, para todos los interesados en la vida y obra del escritor veracruzano.

A su muerte, en el número donde *Letras de México* publicó por primera vez el “Canto a un dios mineral”, la página inicial informó.

En forma trágica, cuando todavía se esperaba de él una obra de madurez, murió Jorge Cuesta. Parco en publicar, *Letras de México* lo consideró entre sus más distinguidos colaboradores. Su obra queda como algo que habría sido, como una posibilidad, y así hemos de recibirla. *Letras de México* prepara un volumen en que se reunirá una selección en prosa de artículos tanto inéditos como publicados.⁵

podrían ser: “*El resentimiento en la moral* de Max Scheler” o “Un pretexto: *Margarita de niebla* de Jaime Torres Bodet”, mismos que aparecieron en la revista citada y que, para esa fecha, son los únicos que no tienen carácter temporal (como reseñas y textos de ocasión que Cuesta publicó cerca de esas fechas). Para 1932, “Ediciones de *Examen* en preparación” (*Examen*, 2, septiembre 1932), anunciaba la salida de *Sonetos morales*; y en el siguiente número (*Examen*, 3, noviembre 1932) se informaba en la cuarta de forros: “Aparecerá muy próximamente” la novela *Cariátide*, de Salazar Mallén con un “Prefacio” de Jorge Cuesta e ilustraciones de Manuel Álvarez Bravo. También *Letras de México* (3, febrero 15, 1937, p. 1) anunciaría la publicación de un libro de “Sonetos” de Jorge Cuesta, “género que, con justicia, le ha dado un renombre sobresaliente”.

⁵ *Letras de México*, 21, septiembre 15, 1942, p. 1. Esta selección de trabajos es la que Villaurrutia prepararía a la muerte de Cuesta; como podemos observar, el libro compendiaría ensayos inéditos probablemente conservados entre los pape-

Algo muy parecido ocurriría en *Nivel*, al dedicársele un número de homenaje a los treinta años de fallecido. Ahí, además de la publicación de los artículos de Rubén Salazar Mallén y Elías Nandino⁶ y de una muestra de poemas de Cuesta, se puede leer:

Jorge Cuesta fue un hombre extrañamente predestinado para la poesía en sus más altas imaginaciones. Esta predestinación, por consecuencia, lo lanzó por unos senderos interdictos en los que la mente se distorsiona, padece y turba el ánimo y concluye por convertir a los posesos de la idea poética en seres poco menos que *extraviados en lo interno de un dolor grande y ajeno por completo a la contemplación y a la piedad externas*. En síntesis: ser poetas equivale a resistir sobre una complexión humana demasiado frágil para angustia tanta, el peso extraterreno de metáforas engendradas en lo íntimo de la subconciencia y proyectadas hacia el mundo en conurbador caudal de belleza casi nunca comprendida. [...]

Insistir sobre el recuerdo de algunos *poetas desventurados como Jorge Cuesta*, es una urgente necesidad del espíritu. [...] Desde las páginas de *Nivel* queremos contribuir a que los contemporáneos escritores recuerden que en México existió un poeta lastimado hasta increíbles suposiciones, *un ser que materialmente destilaba sangre por los extremos de su pluma*, y que así, cruenta, nos entregó una *herencia de hermosura tenebrosa*.⁷

Se cita este fragmento extenso porque es considerado relevante sobre el modo en que se habían decantado y configurado ya, para

les que sus hermanos Natalia y Víctor entregaron después a los diversos editores e interesados en la obra de Cuesta —el primero, Octavio G. Barreda, editor de *Letras de México*—. Desafortunadamente no existe registro de cuáles y cuántos pudieron ser aquellos trabajos inéditos.

⁶ En realidad se trata de una reimpresión de los dos artículos, pues ya habían aparecido en la edición de *Poesía* (Estaciones, 1958), aunque el de Elías Nandino en *Nivel* aparece con título idéntico al de Salazar Mallén: “Jorge Cuesta”. Tanto en este número (114) como en los dos siguientes —115 y 116— fueron apareciendo en *Nivel*, como un homenaje continuado, los poemas recogidos en *Tierra Nueva*, los publicados en *América*, en 1950 y los publicados por Estaciones, en 1958.

⁷ Anónimo, “*Nivel* memora y rinde homenaje a Jorge Cuesta”, *Nivel*, 114, junio 31, 1972, pp. 1-2 [Las cursivas son mías].

1972, algunos de los juicios más persistentes que pesarían sobre su persona. Sin embargo, no fue sino con la edición realizada por Miguel Capistrán y Luis Mario Schneider en 1964, cuando la obra y vida de Jorge Cuesta trascendieron el ámbito de las tertulias y las anécdotas. Dicha recopilación se proponía difundir los ensayos y poemas que forjaron, ante los demás Contemporáneos, al Cuesta inteligente y analítico que ya se empezaba a mitificar.

Una de las causas que han propiciado la leyenda de Jorge Cuesta es, paradójicamente, fruto de los prólogos a la edición de su poesía por el sello de Estaciones en 1958. Es obvio que esta no es la única causa, ni tampoco la que más extienda fantasías o elucubraciones sobre la vida del poeta (hablaremos más adelante de *La única*, de Guadalupe Marín que comparte la paternidad de la leyenda), aunque sí, como se explicará detalladamente, a partir de ellos parece iniciarse la consolidación de algunos de los mitos que perviven hasta ahora.

Como ya quedó señalado, al no existir ningún volumen editado en vida bajo su supervisión y anuencia —descartando los folletos políticos de 1934—, esta situación se convierte en el primer motivo de mitificación: la del escritor *silencioso* que no necesita publicar, que se cree a salvo de las preocupaciones del público lector. Aunque pocos han reparado en que tenía planeado publicar su libro de sonetos en 1932 y luego, lo anunció nuevamente en 1937, sólo que, coincidiendo primero con el escándalo de *Examen* y después por causas aún desconocidas, no le fue posible darlo a la imprenta. Posteriormente, como podemos corroborar según la fecha de sus escritos, su atención se centraría más en el trabajo ensayístico, del que es fructífera su participación en la prensa nacional.⁸

⁸ De las poesías recogidas en el primer volumen de las *Obras* (1994), la última y la más completa de las ediciones hasta ahora (descontando los “Trabajos tempranos”), éstas suman en total apenas treinta páginas aproximadamente. Si se recuerda que para 1932 él ya contemplaba la edición de un libro de sonetos, nos podemos preguntar: ¿de toda su producción poética, cuántos de ellos ya habían sido escritos para 1932, y cuáles escribió después de esta fecha? Tal vez, posteriormente al naufragio de su revista, el trabajo poético se concentró en el “Canto a un dios mineral” (y en las múltiples correcciones a sus poesías anteriores), y no a la escritura de nuevas composiciones.

Recordemos que hasta la edición de 1964, los papeles de Jorge Cuesta habían recorrido un itinerario en manos incluso ahora imprecisas; este parece ser su trayecto hasta 1981: primero, después de ocurrida su muerte el 13 de agosto de 1942, fueron sus hermanos Natalia y Víctor quienes los entregaron a

Octavio Barreda. Octavio le entregó todo a Castro Leal, que nunca hizo nada, y cuando se le empezó a insistir, le entregó algo a Salazar Mallén. Después pasaron los papeles a Luis Mario Schneider y Miguel Capistrán que [...] prepararon la edición en cuatro volúmenes de *Poemas y ensayos de Jorge Cuesta* para la UNAM en 1964, y ahora Panabière, que está haciendo el libro, su tesis doctoral, sobre Jorge.⁹

Aquella primera recopilación en libro de su poesía, la de 1958, se erige entonces como el testimonio de la amistad hacia Cuesta; sin embargo, ese homenaje también habría de convertirse en uno de los cimientos de futuras exageraciones y tergiversaciones que, los interesados en la obra del veracruzano, habrían de encontrar en el camino de su lectura.

Pero repasemos los argumentos que utilizan tanto Salazar Mallén como Nandino en los textos dedicados al poeta nacido en Córdoba, Veracruz. Elías Nandino comienza con una semblanza del poeta en donde se aboca a separar la *materia* de su *palabra*:

Jorge Cuesta era completamente ajeno a su cuerpo. Su existencia se consumaba por su evasión. Como el radium, se hacía presente por el poder que esparcía. Su carácter molecular quedaba borrada [sic] ante la fuerza de su irradiación. *Por eso su materia no intervenía en su palabra. [...] las frases que transmitía daban la impresión de nacer de los fantasmas del aire.*¹⁰

Para el médico nacido en Cocula, Jalisco, Cuesta era un ser carente de rasgos humanos, su cuerpo, su caminar y hasta el color,

⁹ Elena Urrutia, "Habla Natalia Cuesta", en Jorge Cuesta, *Poemas, ensayos y testimonios*, t. v. México: UNAM, 1981, p. 311.

¹⁰ Elías Nandino, "Retrato de Jorge Cuesta", en Jorge Cuesta, *Poesía*. México: Estaciones, 1958, p. 7 [Las cursivas son mías].

dibujaban un *ciprés* y un *compás* con la *tez de cera* o, “al atardecer especialmente, [...] su piel tomaba un color de cerebro”. Después de su descripción física general continúa con varios retratos: el psicológico, el del artista y el del químico, en los que nada varía su percepción, robándole cualquier rasgo que lo pueda hacer banal o despreocupado. Posteriormente, añade a su interpretación la carga del doloroso coexistir entre lo demoníaco y lo divino “bajo el yugo de premio y castigo” que, según él, “creaba fuera de sí una aureola de fuerza angelical, que hacía pensar que se estaba junto a un ser superior donde se daban cita la inteligencia y la intuición, la magia y el microscopio”. Su “historia íntima será cruel, rara, sin fortuna”, sentenciaría Nandino lacónicamente.¹¹

No quiero dejar de lado que en su texto existen también algunas de las primeras constantes certeras que los intérpretes de la poesía de Jorge Cuesta han señalado en irrepetibles ocasiones. Aquí se traen a colación las que, sin duda, nos parecen más valiosas. Nandino escribe: “Afirmaba que la poesía era un problema de multiplicación que el lector debía resolver [...] que debía ser] ensayada, comprobada, pasada por la reflexión y la lógica, decantada sin piedad, y más que hecha para gustar o conmover, premeditadamente estructurada para agudizar la malicia y el pensamiento de quien se asomara en ella”¹².

Por su parte, Rubén Salazar Mallén es el otro escritor que prepara uno de los dos artículos que anteceden a la recopilación de poemas de la editorial Estaciones; aunque también le ocurre lo mismo que a Nandino, al mostrar con detenimiento la *actitud* de Jorge Cuesta y no de analizar su obra escrita. Salazar Mallén finaliza su exposición concluyendo que al poeta lo perseguía, desde sus años tempranos, un “trauma infantil” provocado por esa noción de pecado que lo atormentaba:

El pecado, la oscura memoria del pecado, inasible memoria del pecado, persiguió a Cuesta. Toda su poesía se llenó de la intuición del pecado, que por no ser lúcida y clara, nunca pudo manifestarse

¹¹ *Ibidem*, pp. 12-13.

¹² *Ibidem*, pp. 9-10.

concreta, sino que buscó su expresión en los sentimientos de arrepentimiento y de frustración.¹³

Resulta evidente que Rubén Salazar creía que, en Cuesta, se libra una batalla interna entre la conciencia religiosa y la *falta*, juzgada como pecado. De ese modo, el poeta terminará por ser sólo el resultado de aquel *pecado*; ¿cuál?, no lo dice, pero el sencillo hecho de enfatizarlo reiteradamente insinúa el supuesto sello que dejaría grabado en su vida.

En el mismo texto, es de resaltar, Salazar Mallén no se equivoca al calificar a Cuesta “como la conciencia de los poetas y escritores de esa generación” llamada Contemporáneos; mucho menos, en la espléndida descripción de la posición que guardó Cuesta frente a la obra de arte, frente al trabajo del escritor y el contenido artístico de las obras. No, ese fue su gran acierto. Pero fue un acierto que permaneció incógnito, escondido tras su conclusión general de una vida circunscrita *en y por* el pecado.

Los lectores de Salazar Mallén —y de Nandino— encontraron mucho más atractiva la situación de lucha entre el hombre y su conciencia (el desgarramiento resuelto en la escritura oscura y difícil, producto de una eventual falta religiosa), que la postura firme y combativa de un escritor en un medio que no estaba acostumbrado a planteamientos tan rigurosos y, menos, cuando esas exigencias significaban también un esfuerzo para el propio auditorio:

Aquellos, entre el público, que, además de un alma pequeña, tienen el deseo de ocultarla, son los que luego dedican el arte al cumplimiento de una misión característica, que los libra de ser medidos con la aplicación universal de su valor. Para ocultar su pequeñez ocultan que el arte es un valor, una grandeza aplicable a todo, excepto a ellos mismos.¹⁴

Podemos agradecer el esfuerzo que Nandino y Salazar Mallén realizaron para dar a conocer la obra poética de Cuesta; quizá, por

¹³ Rubén Salazar Mallén, “Jorge Cuesta”, en Jorge Cuesta, *Poesía*. México: Estaciones, 1958, p. 22.

¹⁴ Jorge Cuesta, *Obras*, t. I. México: Equilibrista, 1994, pp. 183-184.

el mismo desconocimiento, prefirieron escribir sendos ensayos que abordaron de forma general la obra y algunos rasgos personales del veracruzano. Desafortunadamente sus lectores privilegiarían en su interpretación el asunto llamativo de su vida y muerte; prefirieron —a partir de ellas— construir en su recuerdo una leyenda que se contrapuso a los deseos iniciales de los recopiladores.

En otro sentido, de todas aquellas fantasías que se ciernen sobre Cuesta es indispensable citar a *La única*; novela de Guadalupe Marín escrita indudablemente con el afán de atacar a Cuesta y donde uno de los personajes principales, Andrés, trata de retratarlo.¹⁵

Veinte años antes de la aparición de *Poesía* (Estaciones, 1958), Guadalupe Marín sacó a la luz su texto autobiográfico donde los hechos históricos son exagerados hasta transformarlos en algo grotesco; donde, por despecho, ridiculiza a su ex esposo extremando sus defectos y enaltecendo, simultáneamente, sus virtudes como mujer engañada. Es, por ello, indispensable que la leamos como un testimonio donde los datos verdaderos están ahí, pero reelaborados de forma novelada: no todo es invención. Podemos inferir, por todo lo dicho anteriormente, que esta novela carga también con una gran responsabilidad en lo que se refiere a la leyenda cuestiana, constituyéndose como otro de los pilares de la innoble invención que conocemos.

Estos son, *grosso modo*, algunos de los antecedentes que propiciaron la leyenda del escritor. Como se puede observar, gran parte de ellos se han evaluado como ciertos por la crítica y el público por el sencillo hecho de ser transmitidos en un texto cercano a la

¹⁵ Guadalupe Marín, *La única*. México: Jalisco, 1938, 251 pp. Si he sido crítico tanto con los textos de Nandino y Salazar Mallén, no lo hice con el afán de convertirme en apologista de Cuesta (no lo necesita). He manifestado también los aciertos que igualmente ellos comienzan por señalar sobre la escritura cuestiana. En el caso de *La única* no hay que olvidar que es producto de una intención difamatoria hacia Cuesta, pero de la que es posible inferir hechos reales. Por ello mismo hay que juzgar los datos que nos han llegado para atender sólo los pertinentes; basta aludir a que, para ser congruentes con esa evaluación de las fuentes, en uno de los más completos libros sobre Cuesta, el de Louis Panabièrre, leemos declaraciones tan desafortunadas como esta: “Hasta se ha llegado a pretender que él veía el origen de la vida en el cadáver como una especie de eterno retorno de la materia, y que había intentado comer carne humana”. Louis Panabièrre, *Itinerario de una disidencia. Jorge Cuesta (1903-1942)*. México: FCE, 1983, p. 41.

fecha de su muerte. Algunos de los primeros ensayos sobre su obra se redactaron privilegiando más esa ficción que el trabajo crítico: los subsiguientes, se debaten entre abordar la obra textual o —afortunadamente no todos— este tenor mítico, descuidando por ello el estudio de su producción literaria, o el análisis responsable de datos biográficos fehacientes, cosa que ya comienza a cambiar.

Locura y muerte

Una de las fuentes más propicias para la invención galopante sobre la vida de Cuesta es su locura y, por consiguiente, su muerte. Numerosos han sido los que buscan en esa *vida literaria* (la del *hombre extremadamente inteligente, rígido como un compás, sin infancia, analítico y color de cerebro*), las razones y el sustento de su locura y la singular muerte. En este ensayo, retomando las palabras de Valéry:

Procuro dar una cita sobre el detalle de una vida intelectual; una sugestión de los métodos que implica todo hallazgo, *una*, elegida entre la multitud de las cosas imaginables, modelo que se adivina grosero pero de todas maneras preferible a la serie de anécdotas dudosas, a los comentarios de catálogos de colecciones, de fechas.¹⁶

Así, encontramos que Luis Cardoza y Aragón es uno de los más explícitos en sus comentarios al narrar que “estuvo meses en un hospital de enfermos mentales, en la salida hacia Puebla o en Tlalpan. Una noche, bajo la lluvia, descalzo, le dieron alcance en su huida y poco después se suicidó”;¹⁷ “murió loco, mutilado espantosamente. Sus órganos sexuales obstruyeron la salida del agua en la bañera. Se quemó los ojos. De peor en peor, hasta su muerte. Se colgó de la manija de la cerradura de una puerta. Bastaba estirar las piernas un poquito para vivir”.¹⁸

¹⁶ Paul Valéry, “Introducción al método de Leonardo da Vinci”, en *Obras escogidas*, I. México: SEP-Diana, 1982, p. 18.

¹⁷ Luis Cardoza y Aragón, *El río. Novelas de caballería*. México: FCE, 1996, p. 426.

¹⁸ Luis Cardoza y Aragón, “Jorge Cuesta”, *La Gaceta del FCE*, 90, junio 1978, p. 14. En otro texto sobre este tema al que tituló “Lo que no espera la

Sin embargo, uno de los testimonios que a la fecha había pasado inexplorado por los críticos es el que emite Alicia Echeverría (quien mantuvo una relación sentimental con Jorge y con Víctor Cuesta), en un libro autobiográfico donde da cuenta de algunas noticias que pueden servir para vislumbrar aquellos últimos días de la vida de Jorge Cuesta. Pese a ser reveladores, no podemos olvidar —siendo conscientes de la fuente que proceden— que, igual que en el caso de Lupe Marín, el texto de Echeverría es una autobiografía novelada; de tal suerte no estamos en condición de juzgarlos como fehacientes en su totalidad.

En su libro, *De burguesa a guerrillera*,¹⁹ Echeverría nos relata capítulos como este, donde nos acercamos a la atmósfera que privaba por aquellos años: “Conocía también a un muchacho que me impresionó desde el primer momento. Fue en México donde nos encontramos casualmente por primera vez, sentado uno al lado del otro, en un concierto de Bellas Artes”,²⁰ se trataba nada menos que de Jorge Cuesta y, a continuación, agrega:

Poco después lo volvía a encontrar en el Casino de la Selva en Cuernavaca; el reencuentro fue sorpresivo y grato. Parecía contento de que se reanudaran nuestras pláticas. Era alto, más bien feo, con ojos saltones y labios gruesos. Aunque era rubio tenía rasgos negroides y desconcertaba unos de sus párpados semicaído. Vestía con elegancia y tenía algo de formal. Era Jorge Cuesta, Ingeniero Químico, crítico de arte, poeta y articulista. Era verdaderamente brillante.²¹

esperanza” (*Apolo y Coatlicue. Ensayos mexicanos de espina y flor*. México: La serpiente emplumada, 1944, p. 154), se alude nuevamente al suicidio y al falso amor incestuoso por Natalia Cuesta: “Te veo cortarte de un solo tajo las sagradas partes y arrojarlas al rostro de Dios. [...] La mutilación no basta. Y cuando toda la angustia se concreta en la amada que lleva casi nuestro rostro [se refiere a su hermana Natalia] y en la misma carne nuestra, la única que poseía una respuesta, la única para nosotros aquí abajo, y nos es negada y prohibida, y seguimos clamando en vano, y el sueño nos despedaza”.

¹⁹ Alicia Echeverría, *De burguesa a guerrillera*. México: Joaquín Mortiz, 1986, 154 pp.

²⁰ *Ibidem*, p. 81.

²¹ *Idem*.

Más adelante señala: “Las relaciones entre Jorge y yo tenían un carácter muy peculiar. Era una relación amorosa y de afinidad intelectual, pero la verdad es que nunca hubo un amor pasional entre nosotros”. Tan es así que cuando Víctor Cuesta llega de Córdoba para vivir con Jorge, Alicia se torna más cercana a él hasta que termina por separarse de Jorge e iniciar una duradera relación con el hermano, misma que continuará hasta muchos años después.

Pero lo que interesa para este punto es la narración que realiza Alicia Echeverría de los hechos que rodearon la muerte de Jorge Cuesta. Ella señala:

Poco a poco me fui dando cuenta de que en realidad [Jorge Cuesta] estaba muy enfermo; se había convencido de que lo perseguían, de que lo buscaban para matarlo. Cuando yo le preguntaba ¿quiénes? me contestaba ‘ellos’. A veces ‘ellos’ eran los judíos, a veces los masones, temía quedarse solo. Desconfiaba de la comida que le daba la sirvienta. A tal grado llegó su temor, que se negaba a comer si no era yo quien le cocinaba.²²

Como observamos, lo mismo que en *La única*, las descripciones son emotivas y, por ello, subjetivas. ¿Hasta dónde son producto del amor, del desamor o del olvido? ¿Hasta dónde traicionan a la realidad? Ojalá que lo sepamos algún día. Pese a todo ello, tratando de establecer con responsabilidad los acontecimientos que se tienen documentados (no todas las veces certificados) en relación con su locura y muerte, se puede resumir lo siguiente.

A) Antes de 1940, fecha de su primera hospitalización,²³ no existe evidencia hasta el momento (escrita u oral) que demuestre un desequilibrio mental en la vida de Jorge Cuesta. Con la excepción —gran excepción— de los testimonios de Guadalupe Marín (expresados en una entrevista en el año de 1977), con quien man-

²² Echeverría, *op. cit.*, pp. 113-114.

²³ Desafortunadamente no se conservan registros médicos de los internamientos de Jorge Cuesta; sin embargo, es muy posible que en realidad hayan sido más de dos los ingresos al hospital, dato que resta por corroborar.

tuvo una relación muy cercana y directa, pero de la que es posible desconfiar.²⁴

Natalia, por su parte, critica las exageraciones sobre la vida de Cuesta, sobre las declaraciones de homosexualidad; rechaza que su hermano buscara el *elixir de la eterna juventud* y declara que no se mutiló al suicidarse (no debe perderse de vista que las opiniones de la hermana también están matizadas por los lazos filiales). A su vez, Guadalupe Marín detalla en su libro *La única* diversos juicios despiadados sobre Cuesta y, posteriormente, opiniones contrarias que destacan, entre sus rasgos personales, la sensibilidad candorosa de un provinciano, además de su gran cultura; Marín también relata, puntualmente, que fue a partir de los 24 o 25 años cuando le habrían de comenzar los dolores en la hipófisis que lo conducirían a la locura; ella afirma que su enfermedad comenzó a la edad de 35 años (en 1938, cosa que no ha podido comprobarse, pero que subsiste como posibilidad).

B) En el año de 1940, Jorge Cuesta es internado en el sanatorio de Mixcoac, La Castañeda: "*where he was treated for some time with insulin shock therapy*".²⁵

²⁴ Véase: Roberto Páramo, "Lupe Marín y el más triste de los alquimistas", *El Sol de México en la Cultura*, 140. Junio 5, 1977, pp. 5-7.

²⁵ Nigel Grant Sylvester, *The poetical works of Jorge Cuesta (Mexico, 1903-1942)*. Berkeley: University of California, 1975, p. 15. Según han detallado Miguel Capistrán (en "50 años de la muerte de Jorge Cuesta", *La Jornada*, agosto 13, 1992) y Víctor Peláez, en entrevista personal, su hermana Natalia narraba la historia de una fuerte golpiza recibida por su hermano a raíz de las críticas a Vicente Lombardo Toledano, razón por la cual, los simpatizantes del político socialista, le propinaron una paliza tan brutal, que Cuesta regresó a su casa del Parque México con, además de las contusiones en el cuerpo, una hemorragia en el oído. Si relacionamos la fecha de publicación de la "Carta a Portes Gil" (publicada en *Hoy*, marzo 23, 1940 y con fecha original del 29 de febrero, 1940), donde critica ásperamente a Lombardo Toledano, con la de su primera crisis de locura, podríamos inferir que probablemente —no se puede saber hasta qué grado—, los golpes recibidos en la zona craneal pudieron ser, si no la causa, sí el factor que desencadenó su desequilibrio mental definitivo. Sylvester (pp. 27-28), menciona esa golpiza como fruto de la hostilidad contra el ensayista, que recibió "*a severe beating by violent supporters of Toledano*". En este sentido, es poco probable que tales golpes —ni tampoco el supuesto golpe que habría sufrido en la niñez— pudieran haber provocado los síntomas que presentó clínicamente

C) Las estancias de Jorge Cuesta en el hospital, según se deduce de las cartas enviadas a sus familiares desde ahí, revelan a un hombre con periodos de lucidez, tranquilo, en que no se manifiestan actitudes desequilibradas o sospechosas. Son varios los testimonios en que se describe ese aparente bienestar. En una epístola enviada a su hermana desde el sanatorio le escribe: “Leí tus letras con una verdadera emoción. Por lo que me dices, probablemente Juan estará ya aquí. Habla con el doctor Guevara Oropeza, a ver si autoriza que me visiten tú, él y Víctor y Lucio Antonio, y no dejes de apurar a Víctor a que me escriba como a un verdadero hermano que lo quiere”;²⁶ en estas palabras es fácil percibir que, durante algunos periodos, su actitud no parece indicar mayores grados de ansiedad o desequilibrio.

D) El hecho de que los doctores le permitieran salir del hospital demuestra que Jorge Cuesta estaba, clínicamente, en mejor estado para vivir en contacto con la sociedad y sin causar peligro a él o a sus familiares. Guadalupe Marín abunda sobre esto: “cuando salía del manicomio en períodos de mejoría, en dos ocasiones fue a verme. Entonces ya no me proponía nada ni mucho menos. Sólo me decía: ‘Ahora te comprendo’”.²⁷

E) Echeverría nos cuenta cómo, a medida que fue agravándose la situación, sus delirios de persecución lo llevaron a huir de “ellos”, esconderse pasando la noche, primero en su propio laboratorio y después a refugiarse en una casa de Xochimilco que alquilaron Alicia y Víctor y, finalmente, en otra de San Ángel. Fue ahí donde “se le ocurrió que los colchones estaban contaminados y les prendió fuego”, después de esto llamaron al Dr. Lafora, mismo que lo había atendido dos años antes, quien sugirió internarlo inmediatamente. Entonces Alicia Echeverría y Víctor Cuesta, le dijeron a Jorge que: “[se] vistiera porque íbamos a salir con él. Después de

Cuesta; aspecto que sólo un especialista médico y psiquiátrico podría determinar conociendo sus expedientes.

²⁶ J. Cuesta, *op. cit.*, t. II, p. 352.

²⁷ Roberto Páramo, “Lupe Marín y el más triste de los alquimistas”, en Jorge Cuesta, *Poemas, ensayos y testimonios*, t. v. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Difusión Cultural, 1981, p. 316.

darse un baño, afeitarse y ponerse su mejor traje nos preguntó a dónde íbamos. Le informamos que al consultorio de un médico y se desconcertó”.²⁸

Para terminar, transcribo una versión distinta y desconocida hasta ahora del último internamiento de Jorge Cuesta en palabras de Alicia Echeverría: “el doctor entró solo a la casa, dejando afuera a los enfermeros que venían con él. Jorge se negó a acompañarlo. Entonces Lafora gritó ‘¡agárrenlo!’ Lo asieron de los brazos, obligándolo a salir. Cuando se dio cuenta de que lo llevarían a la fuerza, volteó hacia nosotros con una mirada de profunda tristeza y desilusión”.²⁹

Anteriormente, se habría optado por someterlo a una estricta vigilancia —en ese estado, al parecer, le entregó a su hermana la “Oración”,³⁰ después de permanecer mucho tiempo de rodillas y con los brazos en forma de cruz.

Es en esta fecha cuando, antes de llevarlo a internar en la clínica de Doctor Lavista debido a su comportamiento, se ha repetido que fueron redactadas las últimas estrofas del “Canto a un dios mineral”; cosa que se contrapone con las declaraciones anteriores de Alicia Echeverría. Desafortunadamente no existe mayor evidencia de aquellos momentos, excepto por los trabajos de Louis Panabière y Nigel Grant Silvester, quienes testifican el dato sobre la redacción “de un plumazo” —como le llama Panabière— de las últimas estrofas del “Canto a un dios mineral” antes de ser internado por última vez en el hospital. El francés aseguró en su libro que Natalia Cuesta fue quien se lo contó; sin embargo, ella, en la entrevista que le concede a Elena Urrutia, no menciona nada sobre dicho asunto. Misterio que esperamos pronto sea descifrado, no sólo para el mejor estudio biográfico, sino para dilucidar si en realidad el poema que conocemos está terminado o estaba aún en proceso de escritura.

²⁸ Echeverría, *op. cit.*, p. 115. Esta versión se parece mucho a la historia que ha perdurado sobre la atmósfera de redacción de las últimas estrofas del “Canto a un dios mineral”, pero Echeverría no hace alusión alguna a este hecho.

²⁹ *Ibidem*, p. 116.

³⁰ “Señor, nuestro destino está escrito desde el principio. ¿Cómo hubiéramos podido negarnos a él? Sometidos a él estamos, y sin más abrigo que tu misericordia / Oh, Dios, nuestro señor, que quieras ampararnos con ella sin desamparar a ninguno de los que somos tus siervos”. Publicada en Cuesta, *op. cit.*, t. I, p. 98.

F) Es de todos conocido que son varios los testimonios que detallan las circunstancias de su muerte. Distintas y variadas, otras contradictorias o semejantes. También son diversas las que aseguran que después de internarlo, cuando lo visitaban, Jorge Cuesta daba muestras de estar mucho mejor; lo veían jugar ajedrez, escribía, pedía libros a su hermana y se preocupaba por el bienestar de sus familiares. Sin embargo, no duró mucho tiempo esta estadía, al poco tiempo les avisarían que había sufrido un accidente. Según el testimonio de Echeverría, se afirma que el doctor dijo:

En los últimos días Jorge estaba muy agitado y agresivo, tuvieron necesidad de ponerle una camisa de fuerza; parece que uno de los enfermos, a petición suya, lo había desamarrado. Seguramente tuvo un momento de lucidez y prefirió morir a seguir aprisionado en una clínica para enfermos mentales; con las cuerdas de la camisa decidió ahorcarse. Lo encontraron colgado de una tarima y cuando lo bajaron ya agonizaba.³¹

Estas últimas palabras (con todo lo ficcional que poseen) no distan mucho de lo que apareció registrado en la prensa de ese año.

El día 11 de agosto de 1942 se ahorcó; con las vértebras desprendidas “duró hasta el jueves 13 de agosto en que murió a las 3:25 de la mañana” en el Sanatorio Doctor Lavista, ubicado en Tlalpan. Los funerales se realizaron ese mismo día a las 16:00 horas en el Panteón Francés.³²

Para terminar este apartado, cito un fragmento donde se observa la percepción que tenía Jorge Cuesta sobre el suicidio. Palabras que se contraponen a la idea que algunos expresan (calificándolo de un suicida convencido) y que sugieren que, en su muerte, probablemente también intervinieron los efectos del tratamiento clí-

³¹ Echeverría, *op. cit.*, p. 117.

³² Los pocos datos que se conocen, procedentes de los textos de Natalia Cuesta, Panabière y Sylvester, no precisan ni fechas ni estancias en los hospitales. Con tan pocos elementos resulta imposible recrear las circunstancias concretas de los últimos dos años de su vida. A todo lo anterior se debe sumar el hecho de que Jorge Cuesta no databa la mayoría de sus cartas, las cuáles nos pudieran haber servido para establecer fechas y lugares determinados.

nico en el hospital a la par que la propia —e indeterminada— con-
vicción por terminar con su vida:

Las equivocaciones orales, los tropiezos, los actos fallidos, entre los que considero el suicidio y toda clase de muerte accidental, tienen sentido, como el sueño. En cada tropiezo hay voluntad de tropezar. Bienaventurados los que fracasan porque su fracaso es el triunfo de la voluntad que se revela.³³

Contradictoriamente a lo que quizá él esperaba, el *triunfo de su voluntad* germinaría a raíz del suicidio. En vida —descontando algunos periodos y hechos determinados— Cuesta fue reconocido sólo por un pequeño círculo de iniciados. Su leyenda, a la que no es mi intención combatir, nació de esa *equivocación* suicida, pero si “en cada tropiezo hay una voluntad de tropezar”, en cada muerte hay una voluntad de experimentarla. Cuesta tropieza y, a partir de su falla, ahora estamos en posibilidad de recordarlo y leerlo ya sin el prejuicio de su *leyenda*, más bien a pesar y gracias a ella.

2. LA CRÍTICA RECIENTE

En fechas cercanas Luis Antonio de Villena, escritor y crítico madrileño, seleccionó a Jorge Cuesta para ser incluido en su *Biografía del fracaso*, junto con artistas de la talla de Caravaggio, Paul Gauguin, Arthur Rimbaud, Francis Scott Fitzgerald y Luis Cernuda, entre otros;³⁴ Villena se expresa de esta manera:

³³ Cuesta, *op. cit.*, t. II, p. 179. En una carta enviada a su hermano Víctor, en 1937, descubrimos un punto de vista similar a este: “Tienes suficiente valor y suficiente inteligencia para hacer de tu vida algo que esté por encima de la mediocridad. Yo soy de los que creen que una vida perdida es una vida heroica que tuvo vergüenza de serlo. Yo no quiero que vivas avergonzado. Lo más abominable es el suicida, el avergonzado por la vida y el cínico” (*Ibidem*, II, p. 351).

³⁴ Luis Antonio de Villena, “Jorge Cuesta. La inteligencia devorada”, en *Biografía del fracaso. Una galería de genios perdedores*. Barcelona: Planeta, 1997. Villena agrega bastantes datos erróneos a la biografía sensacionalista que muchos se han encargado de subrayar en Cuesta. Sobre el tema de la antología de 1928, el

Era un niño aplicado —más que empollón—, interesado en todo. Entre otras cosas era un prometedor violinista. [Y continúa] Vuelve un año (1926-1927) a su ciudad natal, con el pretexto de trabajar en una tesis de doctorado que no termina.³⁵

Pero eso no es todo, en el libro se plantea la *pérdida* de Cuesta como consecuencia de una *brillantez extrema* que lo ahoga, su fracaso por exceso de inteligencia. Cuesta “genial creador en el aire [...] quería ser eternamente joven, no dejó caminos a su sombra, temía el ardor pasional de su propio sexo (que no era otra cosa que el enfrentamiento profundo consigo mismo), temía a la vida, porque ni es lúcida ni es perfecta. Negó lo selvático del poema, porque también se lo negó a sí”.³⁶ Como se observa, hasta en España, y después de treinta y cinco años de muerto Cuesta, se sigue ejerciendo una crítica vacía y hasta fantasiosa —“cintas de cintas de sorpresas” diría Gorostiza—, que redundante en una falta de “brillantez” por parte de los críticos, misma que repetidamente le es imputada a Cuesta, pero que ellos, al parecer, no han logrado descubrir en sí mismos. Corroborar la homosexualidad o dilucidar su sexualidad podría ser quizá una de las cosas que evitaría en el futuro tantas especulaciones fantasiosas y superficiales. Los críticos modernos debieran detenerse a leer su obra y no a imaginar cuadros ficticios, ellos en nada enriquecen o demeritan su escritura.

Por su parte, en 1996 Robert Irwin escribe cosas igual de opacas que Villena sobre el veracruzano: “Lo asombroso de la leyenda

madrileño le achaca la total paternidad de la *Antología de la poesía mexicana moderna* “uno de los grandes aciertos de Cuesta”. Otra de las penosas aseveraciones que el poeta y novelista español realiza, dejando de lado la verificación de toda verdad o mentira, es la reiterada formulación de la homosexualidad en Cuesta como causa de una “guerra consigo mismo”, motivo —según Villena— de sus fantasías: “Sueña con muchachos callejeros”, que lo llevan a cortarse los genitales, pues la inteligencia reclamaba una “venganza de su sotádico opuesto. O de modo más simple, [Cuesta] no comprendía su sexualidad”. Reduce así la mayoría de los conflictos de su vida como frutos de esa hipotética homosexualidad reprimida, situación que, aún pudiendo constatarse, y que no es el caso, no sería la única determinante de los actos vitales del poeta veracruzano.

³⁵ L. A. de Villena, *op. cit.*, p. 169.

³⁶ *Ibidem*, p. 175.

da de Cuesta [se encuentra] al enfrentarse con la posible falta de fijeza de su *género* en el cuerpo de Cuesta. La posible intersexualidad de Cuesta no hubiera sido ordinaria, sobre todo si su cuerpo estuviera cambiando radicalmente”.³⁷

Por esas deficiencias de perspectiva es comprensible que Irwin, fallidamente, inicie su ensayo “con una pregunta dirigida a los críticos literarios: ¿tenía un cuerpo Jorge Cuesta?”, delatando con esta interrogación dónde radican sus errores, ya que busca una explicación sobre esa “figura construida de textos” entre los críticos literarios, cuando no son ellos los que deberían responderla, cuando ni siquiera es su papel contestarla y mucho menos, preguntarla. El trabajo de un estudioso de la literatura es argumentar, en principio, sobre el texto y no sobre la persona; y si lo hace, es necesario tener cuidado con los juicios que se enuncian. Dejando de lado si se trata o no de una leyenda, el mayor error de Robert Irwin consiste en confundir las tareas adquiridas (y asumidas) por los críticos de la literatura con las de los biógrafos o novelistas.

Se observa entonces que, todavía en nuestros días, gran parte de la crítica literaria ha seguido viajando bajo la luz del faro de aquella *leyenda*, unos por la vía de la sexualidad y otros por el de su inteligencia. Ciertamente la vida del poeta proporciona datos que complementan el itinerario intelectual de todo artista, pero al estudiar su obra se les debe comprender y tratar sólo desde ese ámbito. La escritura de Jorge Cuesta, sea su poesía o sus trabajos en prosa, no es —ni lo será nunca— de mayor valía literaria únicamente por lo “rico” de la biografía. Sea pues, éste, un intento por deslindar ambas y, acaso, un afán de iniciar su estudio por separado, con la finalidad de poder arribar así a la plena comprensión de ambos senderos.

3. LA PERSONA REAL

Algunos de los datos personales —que poco se han difundido en—

³⁷ Robert Irwin, “El más triste de los alquimistas mexicanos: Jorge Cuesta y la tragedia del género”, en Rosaura Hernández Monroy y Manuel F. Medina (coords.), *La seducción de la escritura. Los discursos de la cultura hoy*, 1996. México: s. / e., 1997, p. 150 [Las cursivas son mías].

tre el común de los lectores de Cuesta— son los que ayudarán aquí a caracterizar la personalidad del poeta. Si bien éstos que se presentan aquí no son los únicos ni los más completos y abundantes con que se cuenta en la actualidad, es necesario subrayar que son los que menos se conocen de su biografía. Aquellos como fechas, lugares y revistas ya se han repetido innumerables veces, por lo que no se caerá en el error de reiterar, una vez más, lo que ya todos conocen. “Porque la persona del poeta es una persona fingida, puede parecer real a la ficción, a la fantasía de no importa qué persona verdadera. El poeta como presencia real no existe, o bien, tiene una existencia insuficiente y vaga”.³⁸

Por tanto, a continuación abordaremos el otro lado de la vida de Jorge Cuesta, el que quedó opacado por la leyenda; el que no fue propicio para la imaginación: su trato humano, su personalidad cortés, sus posesiones, su sensualidad.

Jorge Cuesta nació en el seno de una familia medianamente acomodada, siendo la actividad del padre la de agricultor. Su madre se dedicó con esmero a sus siete hijos, Jorge, Juan, Néstor, Víctor, Natalia y dos más que murieron tempranamente: Gustavo y Juan.

Muchos —aunque ignorados o poco valorados— son los testimonios que dan cuenta de esa “otra” vida. Uno de los primeros es el de Ermilo Abreu Gómez en *Sala de retratos*, donde comenta: “la cualidad más alta de Jorge Cuesta radicaba en su don de gentes”. Por esencia era “cortés, fino en el trato y de gentil y amena conversación”,³⁹ a esto añadió Elías Nandino que:

era alto, delgado, con cabello castaño, ingesticulante tristeza petrificada en la cara, con manos largas y huesudas, con madurez precoz en su conjunto. Vestía casi siempre en negro, azul negro o en gris. Su presencia no era dominante pero sí su palabra. Su frente era amplia y su mentón un poco adelantado y fuerte. Su seriedad era de estatua.⁴⁰

³⁸ Cuesta, *op. cit.*, t. 1, p. 245.

³⁹ Ermilo Abreu Gómez, *Sala de retratos. Intelectuales y artistas de mi época*. México: Leyenda, 1946, p. 70.

⁴⁰ E. Nandino, *op. cit.*, p. 11.

En aquel texto de 1958, citado con profusión anteriormente, Elías Nandino deja además que escape un leve hálito del ser del poeta: “Oculto bajo su exterior, existía el hombre sencillo, tierno, generoso; el que a veces olvidaba su conciencia dictatorial y con lenguaje claro, natural, expresaba sus sentimientos o dibujaba sus recuerdos”;⁴¹ pero ya era tarde, el intento de situar a Cuesta entre los literatos del México de principios de siglo xx con la publicación de su poesía, llevaba también la simiente de una leyenda que, a la larga, habría de constituir el mayor impedimento para que se comprendiera la obra poética que, paradójicamente, le otorgaría a Cuesta un sitio excepcional en nuestra historiografía literaria.

Como ya quedó explicado, la buena intención de Nandino y Salazar Mallén fue rebasada por el enfoque erróneo que lectores ulteriores privilegiaron en sus textos. Sin embargo, también en ellos pueden hallarse atisbos preciosos de la personalidad —despojada de la intención *revalorizadora*— de Cuesta. Nandino consigna que *el más triste de los alquimistas* “era muy poco comunicativo de lo íntimo. Los secretos de su vida los amurallaba y muy difícilmente daba a conocer sus móviles pasionales o los nombres y complicaciones de sus amores.”⁴² Salazar Mallén, por su parte, nos da ejemplo de otra faceta del hombre que poco se ha mostrado:

[Jorge Cuesta] sabía vivir, gustaba de la vida. A veces olvidando su prurito de intelectual, o abandonándolo deliberadamente, se entregaba a los goces más triviales. Habría que recordarlo en el desaparecido cabaret ‘*Montparnasse*’ de la ciudad de México, disfrutando de la embriaguez del vino. Entonces su risa fluía desconfiada y triste. No era la risa abierta de la alegría, sino el placer refrenado y un poco temeroso de sí mismo.⁴³

Por su parte, Natalia Cuesta nos informa que desde joven quiso estudiar Filosofía y Letras pero su padre no lo permitió, por eso estudió química. “Era muy amigable en su trabajo; todo mundo lo quería

⁴¹ *Ibidem*, p. 11.

⁴² *Idem*.

⁴³ Salazar Mallén, *op. cit.*, p. 21.

mucho, lo admiraban. [...] Se bajaba con la gente, [...] como si fuera del nivel de uno. Era hasta delicado en su forma de vestir y de comer”.⁴⁴

Dato curioso es que en el año de 1932 (como ya se aludió), al calor de la polémica producida por *Examen*, hay quien incluso llegó a dudar de su existencia, confundiéndolo con el filósofo francés Julien Benda. Tampoco puede menos que sorprender el hecho de que la fecha de su nacimiento haya sido confundida hasta por la propia Natalia. En palabras de Sylvster se puede leer: “*Despite the evidence of the baptismal certificate, the poet’s sister, Natalia, continues to assert that he was born on September 3rd of 1903*”, cuando la fecha exacta de su nacimiento, corroborada según la fe de bautismo, aconteció el día 21 de septiembre de 1903, hace aproximadamente cien años.⁴⁵

Para Frank Dauster, quien en 1956 lo incluyó en su libro *Breve historia de la poesía mexicana*, “la poesía de Jorge Cuesta, [...] como la vida a la cual puso fin, es el documento de un insatisfecho”.⁴⁶ Qué provocativas —a la larga— resultan esas palabras; la poesía de Jorge Cuesta es el producto de su insatisfacción, pero no de su vida —como lo intuyó Dauster— sino del deseo mismo de la escritura. El poeta escribe la insatisfacción con su propia escritura; al corregir y reescribir, propicia numerosas variantes en los poemas, donde se expresa también su rigor selectivo.

Al repasar desde cierta distancia las fuentes de toda la leyenda, es grato sorprenderse de que en el prólogo a los *Poemas y ensayos* de 1964, Schneider sólo escriba un pequeño párrafo al respecto que podría cuestionársele: “Cuesta se entregó a la experimentación con reacciones químicas. Primero con el objeto de preparar definitivamente su tesis universitaria y más tarde ‘por un delirio científico en búsqueda de fórmulas para la eterna juventud, para la cura de enfermedades extrañas’ y de procesos experimentales”.⁴⁷ Se le podría

⁴⁴ Urrutia, en Cuesta, *op. cit.*, t. v, p. 308.

⁴⁵ N. G. Sylvester, *op. cit.*, p. 149.

⁴⁶ Frank Dauster, *Breve historia de la poesía mexicana*. México: De Andrea, 1956, p. 164.

⁴⁷ Luis Mario Schneider, “Prólogo” en Jorge Cuesta, *Poemas y ensayos*, t. I. México: UNAM, 1964, pp. 17-18.

cuestionar, pero no rebatir. No obstante esas afirmaciones —como él mismo lo señala— son fruto de “relaciones verbales de familiares y amigos”.⁴⁸

En todo ese prólogo de las *Obras*, el pasaje citado es el único fragmento donde se alude indirectamente a la *leyenda* que ya comenzaba a generarse sobre Jorge Cuesta; en lo demás, desarrolla con gran destreza una versión global de la vida personal, intelectual y familiar del poeta. Es indispensable que los interesados regresen a ese texto de 1964 en el que encontrarán datos valiosos sobre el autor que han quedado relegados.

Desgraciadamente, once años después de publicada la primera edición de la obra de Cuesta, en el año 1975, Nigel Grant Sylvester retomó en su tesis de doctorado aquella alusión sobre el amor incestuoso que pareciera haber existido entre Jorge Cuesta y su hermana:

*Sometime in his mid-twenties Jorge fell in love with his sister, Natalia. It was desperate, physical love never to be consummated which went accompanied by the tenderest sentiments of a more normal, fraternal kin. The recognition of his carnal desire for Natalia brought on deep rooted feelings of guilt, dark depression and suicidal tendencies.*⁴⁹

Tampoco es desconocida la lista, sustentada posiblemente en testimonios orales, de sus descubrimientos en el campo de la ciencia: un método de refinación del aceite utilizado por motores de combustión; una fórmula para producir vino y otra para acelerar el añejamiento de los vinos naturales; un líquido que contrarrestaba la intoxicación alcohólica; una píldora proveedora de energía por periodos largos de tiempo y, por supuesto, la famosa fórmula que podía conservar en buen estado a las frutas impidiendo su maduración y su aplicación como antídoto contra la vejez humana. Desdichadamente no se cuenta, entre sus papeles conservados, con documentos que certifiquen o abunden sobre esto, información que sería interesante ya que, al tratarse de un investigador que contaba

⁴⁸ Schneider, “Prólogo”, en *op. cit.*, p. 17 [Las cursivas son mías].

⁴⁹ Sylvester, *op. cit.*, p. 12.

con un laboratorio propio, es posible que sí haya experimentado con profundidad en distintos campos de la química orgánica.

Regresando a los datos corroborables; sobre su matrimonio con Guadalupe Marín, por ejemplo, no existen muchos documentos. A excepción de las cartas que le envía a ella y a su madre, carecemos aún de fechas y datos comprobables. En una epístola citada por Bertram D. Wolfe, Lupe Marín le escribe a Diego Rivera:

Es probable que para entonces me haya casado con Jorge Cuesta por lo civil... En medio de toda esta gente que me ha tratado de lo más canalla, él es el único de quien he recibido consideraciones. Aun cuando me parece muy inteligente, tal vez demasiado joven, es probable que yo acepte. No sé si te gustará vernos juntos; por lo que a mí me toca, no me importa nada que vivas con otra.⁵⁰

Según asienta el libro *Un río, dos riveras*, Jorge le había pedido a Diego autorización para cortejar a Lupe, a lo que el pintor contestó, deseándole “buena suerte al lado de una mujer que era muy peligrosa para los hombres que no eran muy vigorosos”.⁵¹ Poco después, la pareja se mudó finalmente a la casa recién construida por el arquitecto Ajuria en la calle de Tampico 8 a finales de 1929; pero antes pasaron una corta temporada en Córdoba, otra en San Ángel y otra en la calle de Rhin número 30, de la ciudad de México.

Sobre su homosexualidad, no confirmada con totalidad, Natalia abunda: “Yo en Jorge jamás de los jamases noté nada... No, Jorge no era muy mujerero; después de Lupe enamoró a una muchacha finísima, creo que era Margarita Bell”.⁵²

⁵⁰ Bertram D. Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera*. México: Diana, 1972, p. 203. Wolfe agrega páginas adelante (205-206) que Guadalupe Marín “se había casado de nuevo, aunque su segundo esposo [Jorge Cuesta] iba a resultar más desastroso que el primero y, al final recordaría agradecida el tiempo pasado junto a Diego. El joven con quien [se] casó no tenía un centavo y aun cuando Diego les permitió que vivieran en su casa hasta que estuvieran en mejores circunstancias económicas, prometiendo cooperar al sostenimiento de sus dos hijas”.

⁵¹ Guadalupe Rivera Marín, *Un río, dos riveras. Vida de Diego Rivera, 1886-1929*. México: Alianza, 1990, p. 205.

⁵² Urrutia, en Cuesta, *op. cit.*, t. v, p. 309. Sobre la homosexualidad de Jorge Cuesta, Guadalupe Marín refiere en la entrevista con Roberto Páramo, que había

La persona de Cuesta, como podemos notar, podría ser tan común como la de cualquiera de nosotros, con la excepción que formula certeramente José Emilio Pacheco: “la mayor parte de lo que se sabe sobre Jorge Cuesta, pertenece a la fábula”.⁵³

Sus cartas familiares desde Francia nos demuestran los miedos y las preocupaciones normales de un joven provinciano sin dinero y alejado de la protección familiar. Los testimonios conservados de aquella travesía dan cuenta del desencanto. Cuesta experimenta un franco malestar por su condición exótica frente a los demás, su forma de hablar y de vestir fueron motivo de una *autoexclusión* del círculo intelectual de los surrealistas, que existía en esa década de los veinte en Francia.

En el “Prólogo” de Luis Mario Schneider a los volúmenes de 1964 (p. 14), aparece una carta que no fue recogida en el epistolario, hasta ahora agrupado en el segundo tomo de las *Obras* de 1994; ésta, dirigida a su padre, tiene data de 1928 desde París. Aquí, Jorge Cuesta le cuenta cómo se siente en un país que lo ha desilusionado desde su llegada: “Sólo me siento como un salvaje, como una fiera a quien intempestivamente cambiaron de clima y de lugar y no puede reconocer nada de lo que mira, y agrega a eso descubrir lo que es ser extranjero, con la angustiosa soledad que eso implica”.⁵⁴

veces que se enamoraba de su hermana y luego de su amigo; también en *La única*, su novela autobiográfica, sucede lo mismo con Andrés, quien representa a Cuesta. Continuando con esto, la referencia más antigua a la bisexualidad de Cuesta, por tanto, es *La única* de Guadalupe Marín; de ahí en adelante encontramos alusiones mucho más tardías, como las declaraciones —las más de las veces contradictorias en lo que se refiere a los Contemporáneos— de Elías Nandino en entrevistas de los años ochentas.

⁵³ José Emilio Pacheco, “Poesía de Jorge Cuesta”, *Estaciones*, verano, 1958, p. 198.

⁵⁴ Ésta, como seis cartas más, todas ellas inéditas, han sido publicadas recientemente bajo el título “Ecos de sangre. Cartas familiares inéditas de Jorge Cuesta” (*Literatura Mexicana*. 1-2, 1999, pp. 335-354) por Luis Mario Schneider y Lourdes Franco. También en Sylvester, *op. cit.*, pp. 14-15, aparece otra carta del poeta que no fue agrupada en ese “Epistolario” de 1994; la carta es singular porque Nigel Grant —a pesar de que parece conocerlo— no consigna el destinatario, según se deduce, por la intención de no revelar a quién estaba dirigida puesto que podía comprometer a la persona a la que estaba dedicada.

Por otra parte, con relación a los terrenos familiares, según consta en unos papeles de su padre, Jorge Cuesta —junto con su hermano Néstor— poseían unos terrenos con valor de más de \$150,000 entre los años de 1926 a 1928. Por las mismas relaciones epistolares, hasta ahora comentadas, se colige que, a pesar de que el padre necesitaba un préstamo por esos años, la familia Cuesta poseía alrededor de \$1,290,000 en terrenos, casas y maquinaria. Estas cartas fueron enviadas a Manuel Gómez Morín como “solicitud de préstamo” para financiar las haciendas de los Cuesta. Además de la relación de terrenos y maquinaria, en ellas se describen los cultivos propios de la región y las cosechas esperadas en cada uno de los terrenos, una muestra de ello es el siguiente párrafo: “Otras propiedades que tengo aquí en Córdoba, huertos y terrenos urbanos, tienen un valor de \$80.000.00 y los terrenos que tengo en Santiago Huatusco, lindando con Trapiche de Mesa y las propiedades de mis hijos Jorge y Néstor, que yo manejo, valen más de \$150,000.00”.⁵⁵

Recapitulando, es muy fácil hacer más rica y extravagante la leyenda de Cuesta, otros se han encargado de hacerlo con singular destreza; lo que se proponen estas páginas es separar esa leyenda —que Pacheco anunciaba como la del único escritor mexicano que la posee— de los datos biográficos precisos con los que se cuenta actualmente. Como se pueden dar cuenta los lectores, la intención final de este trabajo es contraponer a la “leyenda” una serie de datos desconocidos hasta ahora (o no tomados en cuenta en su justa dimensión) sobre la vida del veracruzano, pero sin intentar destruirla, puesto que sabemos que es un vano afán. Lo que sí queremos es que no siga creciendo desmesuradamente debido a la aparición de ciertos trabajos recientes de despistados que, superficialmente, se han deslumbrado por la figura de Cuesta y que, careciendo de responsabilidad, arrojan juicios tendenciosos sin consideración alguna. En pocas palabras, no tienen respeto por la obra, vida ni leyenda cuestianas.

⁵⁵ Estas cartas, hasta donde se sabe, no han sido consideradas o analizadas por ninguno de los cuestianos. Fueron encontradas en el archivo personal de Manuel Gómez Morín que se encuentra en la “Colección Especial” de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México.

No existe, tampoco, la intención de fabricar “otra” imagen de Cuesta, sino la de deslindar los datos más descabellados de los que son comprobables, separar los menos cuestionables de los que son producto de una fijación maniquea.

Si el método biográfico ha sido bastante asediado en otros países, su desarrollo en México es todavía pobre. Basta comparar las numerosas biografías que existen sobre cualquier escritor europeo renombrado, con los escritores importantes de México que aún no cuentan con una. Tal pareciera que la cultura nacional impide concederles un carácter humano a sus escritores, continuando así aquella mitología que despoja al poeta de su parte terrenal.

Sea cual sea la causa de las pocas biografías de escritores mexicanos con que contamos, se debe entender que ellas no buscarían ni, por un lado, privar al *hombre* de sus cualidades literarias ni, por el otro, de conferirle a todos sus actos personales un aura literaria. Esa es nuestra postura. La historiografía literaria, sea en el caso de Jorge Cuesta o de algún otro autor, no debe mezclar sus métodos y objetivos con los del biógrafo. El crítico no debe confundir o basar sus interpretaciones de la obra escrita de acuerdo con los datos biográficos. Correlativamente, la tarea del biógrafo no será interpretar la obra literaria a través de los acontecimientos históricos del escritor.

La verdad nos rebasa, carecemos hasta la fecha de argumentos para aceptar como verdaderos y tajantes algunos de los documentos que nos han llegado sobre Jorge Cuesta. El conocimiento histórico, real, comprobado o anecdótico de las circunstancias vitales de un escritor, no autoriza al biógrafo a emitir juicios que atañan directamente a la obra literaria. Pero también es de resaltar que, sin embargo, el resultado del biógrafo puede servir, lo mismo que el de cualquier otro tipo de estudios externos e internos de la obra escrita, a procurar una visión global tanto del autor como de su trabajo, ejerciendo responsable y críticamente esos conocimientos.

Es desde esa postura que ensayar una biografía implicará, además de la capacidad de investigación, una habilidad de interpretación y conjunción de los datos recopilados con la finalidad de reanimar, mediante la escritura, la trayectoria personal y la trayectoria literaria de determinado autor.

Curiosamente el mismo Cuesta en su artículo "Conceptos del arte" escribe como si estuviera detallando el rumbo que muchos de los críticos suyos le han escogido:

Lo retiran de la vida, dentro de un recinto imaginario donde sólo cabe lo *artístico*, y si lo traen de nuevo a la vida, a la vida de la que antes lo retiraron, de la que antes substrajeron todo valor, es para hacerlo *vital*, para desvalorizarlo, para darle un contenido no artístico: religioso, moral, etcétera. Para ellos, ya no es el político, ya no es el religioso, ya no es el hombre de la sociedad, ya no es el hombre de la vida, ya no son ellos, en quienes puede encontrarse al artista.⁵⁶

BIBLIOHEMEROGRAFÍA CITADA

- ABREU GÓMEZ, ERMILO. "Jorge Cuesta". En *Sala de retratos. Intelectuales de mi época*. Con notas cronológicas y bibliográficas de Jesús Zavala y dos retratos del autor por Octavio G[abino] Barreda y Juan Rejano. México: Leyenda, 1946. 70-72.
- ACEVEDO ESCOBEDO, ANTONIO. "Anuncios y presencias". En *Letras de México* 3. Febrero 15, 1937. 1.
- "Anuncios y presencias". En *Letras de México* 21. Septiembre 15, 1942. 1, 10.
- ANÓNIMO. "Nivel memora y rinde homenaje a Jorge Cuesta". En *Nivel* 114. Junio 31, 1972. 1-2.
- CAPISTRÁN, MIGUEL. "50 años de la muerte de Jorge Cuesta". En *La Jornada*. Agosto 13, 1992.
- CARDOZA Y ARAGÓN, LUIS. "Lo que no espera la esperanza". En *Apolo y Coatlicue. Ensayos mexicanos de Espina y Flor*. México: La Serpiente Emplumada, 1944. 145-155.
- "Jorge Cuesta". En *La Gaceta*, 90. Junio, 1978. 14-15.
- *El río. Novelas de caballería*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. 426.
- CUESTA, JORGE. *Obras*. 2 tomos. Recopilación de Miguel Capistrán y Luis Mario Schneider. Edición de Miguel Capistrán; Jesús R. Martínez Malo; Víctor Peláez Cuesta y Luis Mario Schneider. (Serie Tramp Steamer). México: Equilibrista, 1994.

⁵⁶ Cuesta, *op. cit.*, t. 1, p. 184.

- CUESTA, NÉSTOR. "Cartas" [Encontradas en el archivo personal de Manuel Gómez Morín que se resguarda en la "Colección Especial" de la biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México].
- DAUSTER, FRANK. *Breve historia de la poesía mexicana*. Manuales Studium, 4. México: De Andrea, 1956. 164.
- ECHEVERRÍA, ALICIA. *De burguesa a guerrillera*. Prólogo de Manuel Durán. Nueva Narrativa Hispánica. México: Joaquín Mortiz, 1986. 154.
- Examen*, 2. Septiembre, 1932.
- Examen*, 3. Noviembre, 1932.
- LEIVA, RAÚL. "Jorge Cuesta". En *Imagen de la poesía mexicana contemporánea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1959. 145-150.
- MCKEE IRWIN, ROBERT. "El más triste de los alquimistas mexicanos: Jorge Cuesta y la tragedia del género". En *La seducción de la escritura. Los discursos de la cultura hoy, 1996*. México: 1997. 144-151.
- MARÍN, GUADALUPE. *La única*. México: Jalisco, 1938. 251.
- NANDINO, ELÍAS. "Retrato de Jorge Cuesta". En *Jorge Cuesta. Poesía*. México: Estaciones, 1958. 7-13.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO. "Poesía de Jorge Cuesta". En *Estaciones*, 1958. 198.
- PANABIÈRE, LOUIS. *Intinerario de una disidencia. Jorge Cuesta (1903-1942)*. En *Vida y Pensamiento de México*. Trad. Adolfo Castañón. México: Fondo de Cultura Económica, 1983. 404.
- PÁRAMO, ROBERTO. "Lupe Marín y el más triste de los alquimistas". En *Jorge Cuesta. Poemas, ensayos y testimonios*, V. (Textos de Humanidades, 28). Edición, recopilación y bibliografía de Luis Mario Schneider. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural, 1981. 312-319.
- RIVERA MARÍN, GUADALUPE. *Un río, dos riveras. Vida de Diego Rivera, 1886-1929*. México: Alianza, 1990. 205.
- SALAZAR MALLÉN, RUBÉN. "Jorge Cuesta". *Poesía*. México: Estaciones, 1958. 15-27.
- SCHNEIDER, LUIS MARIO. "Prólogo". En *Jorge Cuesta. Poemas y ensayos*. I. Prólogo de Luis Mario Scheneider. Recopilación y notas de Miguel Capistrán y Luis Mario Schneider. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.
- SCHNEIDER, LUIS MARIO y LOURDES FRANCO. "Ecos de sangre. Cartas familiares inéditas de Jorge Cuesta". En *Literatura Mexicana*, 1-2, 1999. 335-354.
- SYLVERTER GRANT, NIGEL. *The poetical Works of Jorge Cuesta (México 1903-1942)*. Berkeley: University of California, 1975.

- URRUTIA, ELENA. "Habla Natalia Cuesta". En *Jorge Cuesta. Poemas, ensayos y testimonios*. (Textos de Humanidades, 28). Edición, recopilación y bibliografía de Luis Mario Schneider. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural, 1981. 305-311.
- VALERY, PAUL. "Introducción al método de Leonardo de Vinci". En *Obras escogidas*. I. Trad. Salvador Elizondo. México: Secretaría de Educación Pública / Diana, 1982. 18.
- VILLENA, LUIS ANTONIO DE. "Jorge Cuesta, la inteligencia devoradora". En *Biografía del fracaso. Una galería de genios perdedores*. Barcelona: Planeta, 1997. 167-176.
- WOLFE, BERTRAM D. *La fabulosa vida de Diego Rivera*. México: Diana, 1972. 203.